

Momento de Cenáculo

Fe práctica en la divina Providencia

(Poner música de fondo mientras se lee)

Canto inicial:

Puedo confiar en el Señor

(pág. 8, Nº 20)

Voz 1:

"Miren cómo nos amó el Padre"...

"Quiso que nos llamáramos
hijos de Dios

y nosotros lo somos realmente..."

Voz 2:

Dios, para mostrarse a los hombres
como Padre,

se ha hecho conocer

por medio de su Hijo único,

y nos dio una Madre

que nos conduce hasta él.

Voz 3:

El amor, la bondad,

el poder vivificante de Dios como Padre

se han manifestado

visiblemente en Jesucristo...

"El que me ha visto, ha visto al Padre"...

Voz 1:

Por eso,

hace falta contemplar a Cristo,

en la cercanía de la Madre y Reina,

para conocer al Padre providente.

Hace falta contemplar a Cristo

con los ojos de María,

para transformarse, al igual que él,

en hijos de ese Padre providente;

para parecerse más y más a él,

el Hijo amado del Padre.

Voz 2:

Hace falta estar

en la intimidad con Cristo...

en la cercanía de María...

El Padre Dios tiene un Hijo predilecto.

A él le da todo su amor.

A él escucha en cada instante,

en él se manifiesta transparente...

"Este es mi Hijo muy amado"

dice con un gozo imposible de ocultar.

(pausa de silencio - música mayor)

Canto:

Jesús, estoy aquí.

(pág. 9, Nº 22)

Todos:

Señor, tú viniste a la tierra

para familiarizarnos con el Padre.

Por eso, hoy hemos querido

llegar hasta este Santuario,

inundado por tu presencia.

Queremos contemplarte,

estar contigo,

sin apuros, lentamente...

Y contemplarte en el corazón

de nuestra Madre y Reina.

Voz 1:

En tu presencia, Señor,

queremos conocer al Padre Providente,

y aprender a ser sus hijos,

a semejanza tuya,

el Hijo amado del Padre.

Voz 2:

Señor,

hace falta estar en tu presencia,

contemplarte largamente, gratuitamente

así como el hermano pequeño admira

y ama al hermano mayor.

Ciertamente, Señor,
tú quisiste ser nuestro hermano mayor
en quien descubrimos al Hijo
que nos anunció al Padre.

Voz 3:

Sí, Señor, te pareces al Padre.
Ya lo dijiste tú mismo:
"El que me ve a mí,
ve también al que me envió..."
"El que me ha visto, ha visto al Padre"...
"El Padre y yo somos una misma cosa"...

Señor, si permanecemos unidos a ti,
el Padre, lleno de felicidad,
nos contempla desde lo eterno.

Todos:

Señor, hoy queremos escucharte,
hacer silencio,
para que tú nos hables del Padre,
de ese Padre Providente
que a cada uno nos lleva inscritos
en la palma de su mano.

(pausa de silencio - música mayor)

Canto:

Dios está aquí (pág. 22, N° 48)

Voz 1:

¡Señor, háganos, del Padre...
Háganos del amor del Padre!

Voz 2:

¡Si supieran cómo es el Padre....!
A veces toma la forma de un pastor
y sube a las montañas
y se asoma a los riscos y recorre los valles
para encontrar a una oveja perdida...

Voz 3:

El Padre es el Dios del amor eterno,
es el Pastor,

que, lleno de solicitud,
por tierras de agitación desolada
busca a la pequeña oveja perdida
hasta contarla nuevamente en el rebaño.

Voz 1:

¡Si supieran cómo es el Padre...!
Muchas veces,
la mayoría de las veces,
el Padre se queda esperando
el regreso del hijo ingrato
que se escapó de la casa paterna...
Sale a atisbarlo todas las tardes
para ver si lo ve venir...
Y cuando el hijo retorna a la casa,
el Padre organiza una gran fiesta....

Voz 2:

El es el Padre que al hijo pródigo
lo sienta en el trono de hijo
y le prepara un banquete....

Voz 3:

Y el hijo, reclinado en su corazón,
parece escuchar al Padre:

Voz 4:

Sabes que perdono todos tus ofensas
incluso antes que las cometas...
Por eso, te pido que hagas lo mismo
con los que a ti te ofenden.
Y para que nunca caigas en la tentación,
cógeme fuerte de mi mano
y yo te libraré del mal.

Voz 2:

Sí, el Padre es el Rey que,
con su escudo potente,
lleno de amor y sabiduría
nos rodea y protege,
para que aun en las batallas más feroces,
ni la más pequeña nube

turbe nuestra paz.

Voz 3:

¡Si supieran cómo es el Padre...!

Ni un pajarito cae en la trampa
que le ponen los niños
sin la permisión expresa
del amado Padre.
¡Hasta los pelos de sus cabezas
están numerados!

(pausa de silencio - música)

Voz 4:

Hijo mío que estás en la tierra,
preocupado, solitario, tentado...
Yo conozco perfectamente tu nombre
y lo pronuncio como santificándolo
¡porque te amo!

Voz 2:

¡Si supieran cómo es el Padre...!
Extiendan la vista por los campos.
Observen las flores...
nadie las plantó ni las regó ni las cultivó.
Y, sin embargo, miren qué preciosas
a pesar de que no tienen
tejedoras ni talleres.
¡El Padre es quien las vistió...!

Voz 4:

Hijo mío, no estás solo
sino habitado por mí
y juntos construimos este Reino
del que tú serás el heredero.
Me gusta que hagas mi voluntad
porque mi voluntad es que tú seas feliz,
ya que la gloria de Dios
es el hombre viviente.

(pausa de silencio - música)

Voz 1:

¡Si supieran cómo es el Padre...!
"Si él se preocupa de las flores

que hoy son y mañana desaparecerán
¿qué cosas no hará por ustedes?
No sean como las personas del mundo

que viven angustiadas por estas cosas.
Ustedes preocupense solamente
de abandonarse confiadamente
en las manos del querido Padre,
y todo lo van a tener por redundancia..."

Voz 2:

¡Si conocieran al Padre ,
si se abandonaran
confiadamente en sus manos...!
Pasarían por el mundo
con la serenidad de los grandes ríos...

(pausa de silencio - música)

Todos:

Señor, sumergidos en
tu corazón,
inundados con tu presencia,
podemos escuchar la voz
del Padre que nos habla.

(pausa de silencio - música)

Canto:

Busca primero el Reino de Dios
(Pág. 8, N° 18)

Voz 4:

Hijo mío, quiero decirte claramente
que fui yo quien te llamé a la vida.
Yo te concebí primero
en mi inteligencia.
Vives en mi corazón desde el principio.
No viniste a este mundo
por casualidad
ni eres fruto del azar.
Yo te llamé a vivir.
A ti,
exclusivamente a ti.

4

Te hice irrepensible.
Nadie tiene tu misma voz,
ni tus ojos,
ni tus mismos rasgos interiores.
Te di cualidades.

cuando respiras
y te cuido cuando duermes.

No lo dudes.
Si tú lo haces con tus hijos,

Son un regalo de mi amor.
¿Las conoces?

(pausa de silencio - música)

Voz 4:

Te hice hermoso
con mis propias manos.
Te comuniqué mi vida.
Deposité en ti
mi propio amor con abundancia,
para que amaras
a los tuyos...
A ese tú que camina a tu lado
y con el que eres uno solo,
a ese fruto del amor de ambos.
En ellos está mi amor...

(pausa de silencio - música)

Voz 4:

Te hice ver el paisaje y el color.
Te di el oído
para que escucharas
el canto de los pájaros
y la voz de los hombres.
Te di la palabra para decir
"padre", "madre",
"amigo", "hermano".

Te di mi amor
más profundo.
No sólo te di vida.
Te estoy sosteniendo en ella.
Tú eres mi hijo amado.

Así como tú lo haces
con tus hijos,
yo te conozco

yo lo hago contigo,
pues soy tu Padre.
No lo dudes.
Mis ojos están puestos
en tus ojos.
Mi mano la tengo colocada
sobre tu cabeza.
Te amo,
aunque me olvides
o me rechaces.

(pausa silencio - música)

Te amo
aunque no me ames.
Ya lo sabes.
Podrás ir donde puedas
y donde quieras.
Hasta allá
te seguirá mi amor
y te sostendrá mi diestra.

¿O es que crees
que yo, como Padre,
puedo olvidar
a mi hijo?
¡Aunque una madre se olvidara
de su hijo,
yo no lo olvidaré!
¡Ni lo sueñes!
Desde que te hice
ya no puedo dejarte solo.

Camino y sonrío contigo.
Vivo en ti.
Te lo escribo de mil maneras
y te digo susurrando al oído y en silencio,
y también a veces a gritos:

5

Eres mi hijo.
Te amo.

(pausa de silencio - música)

Canto:

El Jardinero (pág. 24, N° 53)

Voz 1:

Señor, despertaste en nuestro corazón
un anhelo inexorable por el Padre.
Hemos nacido para vivir como sus hijos,
para vivir en su casa paterna.

Todos:

Gracias, Abbá, Padre amado!
¡Gracias por engendrarme a la vida
y por sostenerme en ella!
Gracias por vigilar mi sueño
y caminar conmigo.
De ti he recibido todo
y por eso todo te lo ofrezco y te lo doy!

Padre mío y Padre nuestro,
Padre amante y Padre amado,
Padre del cielo y de la tierra,
tú me tienes en tus ojos
y me sostienes en tus manos.
Me conoces desde siempre
y me amas a cada instante.
Me emociona tu misericordia,
me encanta recibir tu fuerza y tu ternura.

Me diste una Madre;
en ella recibo toda tu bondad,
todo tu amor maternal,
toda tu preocupación y misericordia.
Ella está siempre a mi lado
y me habla y me conduce hasta ti.
¡Realmente no puedo imaginar
tanta bondad para conmigo!

Tú confías en mí.
Tú nunca me rechazas.
Tú me cuidas,

tú me acompañas a cada hora.
Tú me perdonas con alegría
y me esperas con paciencia
cuando de ti me he alejado.

¿Cómo podría yo
devolver con amor
a tanto amor?

Me pongo a tu disposición,
úsame como instrumento
para encender el mundo
en ése tu amor paternal;
para construir, ahora,
un matrimonio fundado en tu amor,
para construir una familia santa
que sea templo de tu presencia.

Instrumento tuyo
para anunciar a todos
que tú eres mi Padre
y yo soy tu hijo;
que quieres ser Padre
de todos los hombres
y que ellos sean tus hijos.

Tú eres mi Padre... quiero amarte.
Yo soy tu hijo... porque me amas.
Que esta verdad nadie me la arrebate.
Padre de la vida y la belleza
Padre de la verdad y la esperanza,
te amo porque tú me amas.
Tú eres mi Padre.
Soy tu hijo.

(pausa de silencio- música)

Canto final:

Himno de la Rama Familiar
pág. 56, N° 105)